

concluye todo esta doctrina: No ames y no te acongojarás; no te deleites en las criaturas si no según Dios y no te entristecerás por ellas sino según Dios. Créeme cierto que donde las dan las toman, y que el amor y deleite en las criaturas tienen sobre sí muy grandes tributos.

El segundo remedio es tomar todos estos cuidados y arrojarlos en los brazos de Dios, teniendo confianza, que Él pondrá buen cobro en lo que fiáremos de sus manos, pues Él nos manda que lo hagamos depositario de todos nuestros negocios, y tomemos solamente á cargo la guarda de sus mandamientos. De esta manera lo hacia la Esposa, cuando decía: «Mi amado (1) es para mí y yo para Él. Él para mí mirando lo que me cumple, y yo para Él, mirando por lo que cumple á su servicio;» dando á entender por estas palabras, que si el hombre se emplea todo en el servicio de su Criador, Él se empleará todo en el bien de su criatura. ¿Por qué se llama la ley de Dios pacto, si no porque hay en ella esta manera de correspondencia y concierto entre Dios y la criatura? Pues; cuándo quebrará este concierto por parte de Dios? ¿Cuándo faltará á nadie su palabra? Con sólo este recuerdo enviaba San Francisco á sus religiosos á negociar seguros, diciéndoles aquellas palabras de Profeta (2): «Arroja tus cuidados en el Señor, que Él te proveerá» Oh cuán poquitos cristianos, aunque sean de los muy recogidos, saben hacer esto de verdad. «Muchos hombres, dice el Sabio (3), se llaman misericordiosos, más varón fiel ¿quién le hallará? Pues esta es una de las virtudes más propias del verdadero cristiano; esta es la que más paz acarrea consigo; esta es en la que Dios más veces lo prueba y examina, y esta es, finalmente, la que el hombre menos puede alcanzar por sí, si no tiene especial favor de Dios. No es de todos tener aquella fe de Susana (4), que estando ya sentenciada á muerte en medio de las piedras y de los enemigos, estando ya el agua á la boca y á la sogá á la garganta, tenía su corazón seguro con la esperanza en Dios.

(1) Cant. — (2) Psal., 54 — (3) Prov., 20. — (4) Dan 13.

Mas dirás: ¿Qué haré yo para alcanzar esa virtud? Sigue á Dios, (1) como la Cananea, hasta el fin, yo no callen las lágrimas de tus ojos, y porfia sin descansar hasta que halles esta preciosa margarita (2). Considera también cuán fiel es Dios, y cuán leal á aquellos que esperan en Él, como lo fué á David, á Abrahán y á Jacob y á todos los demás. En Tí, dice el Profeta, (3) esperaron nuestros padres: en Tí, Señor, esperaron y librásteles. A Tí llamaron, y fueron hechos salvos; en Tí esperaron, y no les salieron en blanco sus esperanzas. Mirad, hijos, dice el Eclesiástico (4), por todas las naciones del mundo, y decidme: ¿Quién esperó en el Señor y cayó de su esperanza, ó quien perseveró en sus mandamientos y fué desamparado de Él?

Tanto es sin duda mayor la fidelidad de Dios que la del hombre cuanto es mayor la bondad de Dios que la del hombre. Toma, pues para tus negocios y cuidados aquel consejo de San Agustín que dice (5): Arrójate en los brazos de Dios, y no hayas miedo que hurte el cuerpo y te deje caer: te recibirá y salvará.»

ARTÍCULO VIII

OCTAVO IMPEDIMENTO, DE LAS OCUPACIONES Y MÁS DE LA ESPECULACIÓN

Así como impiden los cuidados y congojos del espíritu, así también impiden las ocupaciones y trabajos del cuerpo cuando son demasiados; porque los unos embarazan el espíritu para que no pueda orar, y los otros ocupan el tiempo para que no haya lugar de orar, y así dejan al hombre sin tiempo y sin espíritu para esta ejercicio, que de ambas cosas tiene necesidad. Y como quiera que hagan esto todas las ocupaciones demasiadas, pero muy más particularmente lo hacen las de los estudios y las letras, aunque sean de Teología, cuando se ordenan para sola

(1) Math., 15. — (2) Math., 13. — (3) Psal., 21. — (4) Eccles 2. — (5) Lib., 8 ícensos.

especulación; porque una de las ocupaciones más contrarias á la devoción, es esta susodicha especulación del entendimiento; la cual se bebe toda la virtud del alma, y deja como yerma y seca la voluntad para que no sienta ni gusto de Dios. Porque con las otras ocupaciones, que son puramente corporales, aunque fuese cavar ó hacer algo de manos, bien se compadece tratar con el espíritu cosas de devoción, como la trataban aquellos Padres del Yermo (1) haciendo sus canastillas y labrando sus huertas; mas con las ocupaciones del entedimiento, mal se compadece las de la voluntad, si no se ordenan de tal manera, que venga á servir y no impedir este ejercicio, como lo hacían los Santos cuando estudiaban, y por esto no perdían, sino antes acrecentaban con esto su devoción.

Mas en las unas y en las otras ocupaciones, conviene tener medida para que no impida lo menos á lo más; conviene saber, la obra de Marta á la de María (2), que escogió la mejor parte. Por esto aconseja el bienaventurado San Francisco á sus religiosos en la regla, que de tal manera trabajen, que no maten el espíritu de la oración, al cual todas las cosas deben servir. El Sabio (3) otrosí nos aconseja que busquemos la sabiduría en el tiempo de la desocupación, y añade diciendo: «Que el que más se desocupare y en menos cosas entendiere, este llegará más presto á la cumbre de ella.» Con esta misma sentencia concuerda la de todos los filósofos gentiles (4), los cuales dicen, que el alma se hace sabia con la quietud y respeto interior, y no sólo con la interior de las pasiones, sino también con la exterior de las ocupaciones; porque siempre lo uno anda junto con lo otro. De manera que así como el agua reposada está más dispuesta para poder ver en ella todas las cosas, como en un espejo claro, así también lo está el alma cuando vive en este sosiego y quietud, pues por esta causa el demonio trabaja tanto por enturbiar los corazones de los hombres con mil maneras de ocupa-

(1) Casianus, 1, 2, c. 14.— (2) Luc., c. 10.— (3) Eccles., 38.— (4) Arist., 7, Phisico, Text. 20.

ciones, fingiéndoles muchas necesidades falsas, para que embarazados y ahogados con ellas, ni tengan tiempo ni corazón para vacar á Dios. Así lo hizo en figura de esto Faraón con los hijos de Israel (1); los cuales como dijese que querían ir al desierto á sacrificar á Dios dijo él que por estar ociosos y desocupados les venían aquellas nuevas devociones y santidades, y por tanto que él proveería cómo los cargasen de mayores ocupaciones; porque así ahogados y embarazados con ellas, no les vagase acordarse de Dios. ¡Oh á cuántos tiene el Príncipe de este mundo así ahogados en obras de vanidades, haciéndoles rodear toda la tierra buscando pajas y haciéndoles entender siempre en obras de barro y tamo para edificar torres de viento! Los cuales nunca tienen un rato de soledad para ofrecer en él á Dios sacrificio de oración, porque todo el tiempo de la vida les ocupan las obras de Faraón.

¿Quién (2) echó fuera del convite del Evangelio aquellas tres maneras de convidados, si no ocupaciones y cuidados demasiados? Uno se excusa diciendo, que ha de ir á visitar sus heredades; otro con que quiere ir á probar sus novillos; otro con los cuidados y negocios de su casa y familia, y así todos se quedan fuera de aquel sagrado convite. De donde nace, que ocupados siempre los hombres en estas obras terrenas y apartados de la conversación de Dios y de las cosas espirituales, vienen á hacerse del todo sensuales y aun insensibles para las cosas de su salud. Y porque creas esto ser así, oye cuán encarecidamente lo dice San Bernardo (3) al Papa Eugenio por estas palabras: «Esto es lo que siempre temí y temo, que viéndote cercado de tantas ocupaciones como trae consigo el oficio Pastoral, desconfiando de ver el fin de ellas, vengas á no hacer cosa de esto, y carecer de este justo y necesario dolor que ahora tienes por verte cercado de ellas. Y por esto, mayor cordura será que tú les hurtes el cuerpo á sus veces y tiempos, que no que te dejes ir tras ellas y ser llevado á donde tú no querrás.»

(1) Exod., 5.— (2) Luc., 14.— (3) Lib., 1, Consideratione Paulo infra initium.

Y si me preguntas á dónde dígame el corazón duró. Y no me preguntas qué cosa sea corazón duró; porque si no sentiste ahora este golpe, el tuyo es. Porque aquél sólo es corazón duro que no se espata de sí mismo, porque no se siente. Y si quieres más saber qué cosa sea corazón duro, no lo preguntas á mí; pregúntalo á Faraón, que él te responderá (1). Ninguno jamás de corazón duro alcanzó salud, sino aquel por ventura de quien Dios se apiadó (2) y le quitó el corazón de piedra y se lo dió de carne. Pues, ¿qué es corazón duro? El que ni se rasga con la compunción ni se ablanda con la piedad, ni se mueve con ruegos, ni hace caso de amenazas, y con los azotes se endurece más; y relatados otros muchos males que sigen de este tal corazón, al cabo concluye diciendo: Cata aquí, pues á donde te pueden llevar estas malditas ocupaciones, si todavía profías á entregarte á ellas, sin dejar nada de tí para tí. Mira que pierdes el tiempo, y si quieres que te hable como Jetro (3) á Moisés, tú te consumes con los trabajos, los cuales no son otra cosa sino aflicción de espíritu, consunción del ánima y perdimiento de su gracia. «Hasta aquí son palabras de San Bernardo. Pues por aquí verá el hombre cuán grande sea el peligro de las ocupaciones demasiadas, y asimismo con cuánta discreción y templanza se deben tomar los negocios, aunque sean santos; pues vemos que a las ocupaciones arriadas al Sumo Pontificado, que parecen tan justas y necesarias, llama aquí este Santo malditas, y dice que son locos trabajos y perdimientos de tiempo, no siempre, sino cuando se toma indiscretamente. Y para esto conviene que tenga el hombre muy medidas y tanteadas las fuerzas de su espíritu, para que, conforme á ellas, tome la carga de las ocupaciones; porque de otra manera si excede la carga á las fuerzas ¿qué se puede esperar sino segura caída?

Y para salir con esto, son necesarias dos muy señaladas virtudes, que son discreción y fortaleza. La discreción para entender, como dije, el caudal de nuestra fuerza y las

(1) Eccli. 3.—(2) Ezech., 11, tee 36.—(3) Exod., 18.

expensas cotidianas de tiempos y ejercicios, de que tenemos necesidad para traer la vida concertada. Y entendido esto, es menester una grande constancia y fortaleza para sacudir todos los negocios que fuera de estos se nos ofrecieren, y no sujetarnos, salva siempre la obediencia, á lo que no podemos llevar. Porque los que se dejan vencer de ruegos, ó de importunidades, ó de otros respetos humanos, por los cuales se cargan de cuidados demasiados, después, vienen á dar con la carga en tierra, y ni pueden con lo uno ni con lo otro, y así vienen tarde á entender con el mal de su daño la culpa de su indiscreto atrevimiento.

Y para esta misma victoria sirve también aquella suprema virtud á la cual pertenece seguir, en todo y por todo, el beneplácito y llamamiento de Dios; el cual siempre nos llama á la mortificación de nuestras pasiones y á los ejercicios por donde esta se alcanza, y no quiere ni acepta otros servicios peregrinos, cuando no se cumple primero con esto. Por donde el siervo de Dios, debe siempre tener ante los ojos aquellas palabras que envió á decir el rey Saul á David (1), cuando le quería casar con su hija, al que, como se escusase por pobre, mandó decir: «No tiene el rey necesidad de hacienda ni de arras, sino de cien prepucios de filisteos para que se tome venganza de los enemigos del rey.» Pues, si el rey de la tierra no tiene necesidad de las riquezas de nadie, ¿cuándo menos el del cielo que podría con un sólo querer dar mil vueltas al mundo? Mas no quiere él otra cosa del hombre, sino venganza de sus enemigos, que son nuestros pecados y pasiones, y de estas quiere que le demos los prepucios, cortando y mortificando todas las demasías de ella. Y porque esto apenas se puede hacer sin el ejercicio de la oración y consideración, esto es lo que nos pide más que muchos otros géneros de servicios á que no somos obligados. Y si en el mundo hay tanto desorden, como vemos, por ventura es esta una muy principal causa porque los hombres no quie-

(1) 1. Reg., 18.

ren servir á Dios en lo que Él quiere ser servido, sino en lo que cada uno le quiere servir. Y porque hay algunas cosas que al principio se pueden fácilmente desechar; pero después de entregado el hombre á ellas, no las pueda echar á puertas ajenas, y cuando se ve ya enredado por todas partes, y desea salir, no halla por dónde; por esto es menester aún mayor prudencia para comprender desde lejos los peligros y repararse con tiempo antes que llegue el golpe, y, como dice el Sabio (1), aparejar la medicina antes de la dolencia. Y esto no es menester probarlo por razones; porque á cada paso hallará el hombre muchos ejemplos de personas inconsideradas, que por ser incautas al principio en no mirar las cargas y obligaciones que se echaban á cuestras, después vinieron á dar con ellas en tierra, y á sentir y llorar, ya muy tarde, lo que temprano debieran proveer.

ARTÍCULO IX

NONO IMPEDIMENTO, DE LA INTERRUPCIÓN DE LOS BUENOS EJERCICIOS

También suele ser muy grande, y aun muy ordinario impedimento de la oración, el cortar muchas veces el hilo á los buenos ejercicios, sin haber causa legítima para ello. Para lo cual es de saber, que entre todas las miserias del corazón humano, una de las mayores es, que estando tan vivo y tan presto para cualquier efecto malo, esté tan frío y tan pesado para el bueno. Porque no es menester más que un solo pensamiento que pase de vuelo para inflamar todo nuestro corazón, y á veces también el cuerpo; y para tener un afecto bueno, como es un poco de devoción, á ratos es menester rodear cielo y tierra, y con todo esto Dios y ayuda. Poa eso se dice del hombre (2) que es espíritu que va y no vuelve: porque se va tras la vanidad y corrupción

(1) Eccle., 18.—(2) Gsal., 77.

con grandísima facilidad, y no vuelve de ella sino con grande dificultad. Ciertamente si los hombres supiesen sentir lo que era razón, ninguna cosa habían de sentir tanto, entre las miserias de nuestra vida, como ésta. Pues por esta causa nos conviene poner gran recaudo en conservar la devoción, porque así como es fácil de conservar después de alcanzada, así es muy dificultosa de recobrar después de perdida.

Y por esto decimos que es grande impedimento para la oración el cortar el hilo á los buenos ejercicios: porque cuando después quiere el hombre volver sobre sí, viene á hallarse tan inhábil y tan nuevo para ellos, como si nunca los hubiera conocido. De donde le viene á acaecer una cosa semejante á aquella que dijo San Pedro: »Maestro (1), toda la noche hemos trabajado y no hemos tomado ningún pez.» Pues esto mismo suele acontecer á los que de esta manera se descuidan, como lo dice muy bien San Bernardo á Eugenio por estas palabras (2): ¿Cuántas veces te acaece llegar á la oración y desear levantar el corazón á Dios, y quieres, y no puedes? ¿Cuántas te esfuerzas y no pasas adelante? ¿Cuántas comienzas y derríbante, y donde comienzas ahí acabas? ¿Y cuándo comienzas á urdir te cortan la tela?» Toda esta dificultad nace de haber dejado por algunos días enfriar el corazón. Por donde justamente permite el Señor (3) que seamos castigados con esta pena; pues, tan mal cobro pusimos en la gracia recibida que á lo menos nos sea escarmiento para otra. Todo esto dice maravillosamente Salomón por esta semejanza (4): «Si el cuchillo se amolare y viniere á perder los filos que antes tenía, con mucho trabajo se volverá á afilar; y con esta diligencia seguiráse sabiduría.» Las cuales palabras, aunque tengan diversos sentidos, y se puedan aplicar á muchas cosas; pero muy más propiamente se aplican al misterio de la oración y de la Escritura divina, como San Jerónimo sobre este paso las aplica. Porque por experiencia se ve, si una vez

(1) Luc., 5.—(2) ib., 1, de Consideratione.—(3) Isa., 38.—(4) Eccle., 10

pierde el hombre los hilos de la devoción y el fervor del espíritu, cuanto trabajo le sea menester para volver á recobrarlo, después de lo que viene á quedar escarmentado y avisado, y á trabajar el bien que tiene, por no verse otra vez en semejante conflicto.

Y así como la interrupción de estos ejercicios impide mucho la oración, así, por el contrario la continuación de ellos es la cosa que más ayuda para alcanzarla. El árbol que tiene sus riegos ordinarios á sus tiempos, presto viene á crecer y dar fruto. El estudiante también, que siempre cursa las lecciones y sigue siempre la escuela de su maestro, en poco tiempo llega á la perfección de lo que estudia; así como por el contrario, el que hace muchas y largas interrupciones, tarde ó nunca llegará á saber nada; porque cuando vuelve otra vez á su estudio ya tiene olvidados los principios, y así, todo se va en comienzos.

Verdad es que cuando esta interrupción es breve, y por alguna causa piadosa ó necesaria, presto quiere el Señor que se cobre lo perdido; y aun á veces guarda al siervo fiel y obediente la ración doblada después de acabada su obediencia. También es verdad que esta manera de interrupción, con menor peligro pasa en los perfectos que en los principiantes; porque éstos, como son aún pobres necesitados, el día que no lo trabajan no lo comen; mas los que son ya más perfectos y ricos, siempre tienen dentro de sí más caudal para sustentarse por algún espacio, aunque no ganen de nuevo. Por lo cual, parece que una de las principales diferencias que hay entre los perfectos é imperfectos, es ésta: Que los perfectos son como árboles de secano que aunque estén algunos días sin regarse, todavía conservan su verdor y dan su fruto; más los imperfectos son como árboles de regadío, que en faltándoles el riego luego pierden todo aquel lustre y hermosura que tenían, mostrando bien claro por fuera la virtud y beneficios que les falta de dentro.

ARTÍCULO X

DÉCIMO IMPEDIMENTO, DEL REGALO Y DEMASÍA EN COMER Y BEBER

También es muy conocido impedimento para este camino la demasía y regalo en comer y beber: así como, por el contrario, el ayuno y la templanza es grande ayuda para él. Por eso andan siempre juntos en la Escritura divina (1), como coadjutores y hermanos, el ayuno y la oración; y por esto mismo aquellos santos Padres, que se apartaban á los desiertos á vacar á la contemplación, eran tan extremados en sus ayunos y abstinencias, como leemos en sus historias.

Pues así como el ayuno corporal ayuda á levantar el espíritu á Dios, así por el contrario, lo abate y entorpece la demasía en comer y beber. Y la razón de esto es, porque levantar el espíritu á contemplar aquella luz eterna y hacer que esté hábil para recibir las influencias y resplandores de ella, es una cosa tan alta y tan sobrenatural, que, como dice San Agustín(2), es menester que el hombre recoja todas sus fuerzas en uno y que emplee todo su caudal en esta su vida si quiere arriba á ella. Porque este vuelo tan alto requiere un hombre muy libre de todo aquello que pueda tirar de él para otra parte. Lo contrario de lo cual hace la demasía del comer y beber, la cual no por una sino por muchas vías nos impide esta subida. Lo primero, porque ocupa una buena parte de la virtud del alma en la obra de la digestión, en la cual la misma naturaleza, como por justicia, pide su derecho, y quiere que toda la virtud para entonces se emplee en aquella obra tan necesaria para la vida. De donde nace hallarse los hombres tan pesados, después que se han excedido en comer y beber, para cualquiera cosa de estudio y atención.

(1) Tobí., 12, Math. 17.—(2) Lib., 10, de Trinit. cap. 5, tom. 3.